

# στη μνήμη **Jairo Escobar Moncada:** **la voz de un maestro que palpita en su legado\***

**Claudia María Maya Franco**

Facultad de comunicación  
Universidad de Medellín, Medellín, Colombia  
cmaya@udem.edu.co



El profesor Jairo Escobar Moncada en el Aula Abierta Alejandro Alberto Restrepo Restrepo, 2016, Medellín

Fuente: fotograma de Biblioteca Pública Piloto (2016).

---

\* Cómo citar: Maya Franco, C. M. (2020). στη μνήμη. Jairo Escobar Moncada: La voz de un maestro que palpita en su legado. *Ciencias Sociales y Educación*, 9 (17), 355-361. <https://doi.org/10.22395/csye.v9n17a17>

Recibido: 19 de febrero de 2020.

Aprobado: 10 de marzo de 2020.

*La constelación de la utopía estética se configura en la tensión entre pasado perfecto imaginado y conciencia del desastre. Pues sólo una conciencia que no olvida el desastre pasado y actual puede ser memoria de la utopía, de la posibilidad de recrear lo existente de otra manera, de una manera donde hombres y cosas no estén sometidos y reducidos existencialmente al principio de cambio.*

(Jairo Escobar, 2018)

Quiero comenzar saludando cordialmente a todos los asistentes al IX Congreso Migración y Ciudadanía<sup>1</sup>, y muy especialmente a Mateo Escobar, hijo de Jairo Iván Escobar Moncada y a su madre, Marcela García Cano, quienes me han honrado con esta invitación y a la vez me han puesto en un delicado aprieto por el enorme compromiso que representa referirse a un hombre tan grande como lo fue Jairo. Inevitablemente habrá imperdonables olvidos y lo que pueda decir siempre será insuficiente y precario.

La abundancia de caminos, siendo esperanzadora, representa no obstante un arcano para el viajero. ¿Qué camino elegir para emprender este breve recorrido? La curiosidad puede ser un buen acicate. Comenzaré diciendo que Jairo era un hombre habitado por una gran curiosidad, y que esta curiosidad le llevó a buscar insaciablemente palabras, referentes y horizontes. Jairo los halló en una extensa multiplicidad de obras filosóficas, literarias, ensayísticas y poéticas a las que consagró días cuyas horas marcaban relojes blandos en clave de Dalí, para extender el paso de las horas en la lectura y las insistentes relecturas, la escritura y las permanentes correcciones y reajustes, que no eran otra cosa que los de su propia conciencia ante el encuentro con nuevos modos de plantear los problemas, elaborar los conceptos u orientar las preguntas.

Dos de sus grandes pasiones filosóficas fueron la filosofía griega y la teoría crítica. Convencido de que las obras deben ser leídas en la lengua en que fueron escritas, se empeñó en lograr el dominio del griego y del alemán, con el propósito de irse forjando una personalidad filosófica, una a la que no le basta un conocimiento erudito de obras, autores y teorías si estos no son apropiados y encarnados en el cuerpo y el propio espíritu, manifestándose en un insoslayable talante crítico, irónico y de sospecha, que fluía indiscreto en preguntas tan sutiles como agudas, orientadas con avidez a la búsqueda de un avance posible en la comprensión de lo que nos pasa y de lo que nos circunda.

<sup>1</sup> Esta reseña fue leída por la autora en el marco de un tributo al profesor Jairo Iván Escobar Moncada (Q.E.P.D), con el que se clausuraron las IX Jornadas Filológicas Migración y Ciudadanía, Perspectivas Antiguas sobre un Debate Actual. Este evento tuvo lugar los días 4, 5 y 6 de septiembre de 2019 en la Universidad de los Andes en la ciudad de Bogotá.

Sus estudios de Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, así como su doctorado y estancia posdoctoral en la Universidad de Wuppertal, Alemania, fueron el escenario propicio para entrar en diálogo con la tradición griega, perspectiva filosófica e histórica de la que surgen sus reflexiones sobre el tiempo, la *polis*, el carácter, la justicia y la vida buena, la razón y también la irracionalidad, el placer y el conocimiento. En el ámbito de la teoría crítica, por su parte, son notables sus reflexiones y trabajos sobre la mentalidad burguesa, la época ilustrada como mistificación, la reificación, el carácter omniabarcante de la industria, pero también la amistad, el arte, la autonomía y, por supuesto, la utopía. Jairo trasplantó este árbol teórico y lo puso en función de pensar los problemas latinoamericanos y colombianos a partir de la creación de escuela de teoría crítica en la academia colombiana.

Conocí a Jairo Escobar en el año 2000, en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, cuando cursaba la maestría en Filosofía Estética. Era mi segundo semestre cuando tuve el privilegio de asistir a su seminario de Teoría Crítica en el que por ese entonces leíamos la *Teoría estética* de Theodor Adorno. Haberlo conocido fue para mí como para sus grandes amigos, uno de los más grandes regalos de la existencia, puesto que dicho encuentro fue el comienzo de una amistad plena de vientos favorables, atravesada por el aprendizaje, no solo filosófico sino existencial. Jairo fue siempre un amigo leal, noble, cómplice y risueño; pero también el maestro riguroso y exigente que enseñaba con generosidad y afecto, pero también era estricto cuando era necesario.

Sus seminarios y conferencias, así como las conversaciones con él, eran, en el sentido que Hans George Gadamer otorga al concepto, verdaderos diálogos, es decir, interacciones que causaban una larga e interminable inquietud, que invitaban a vivir de otro modo y que siempre se reanudaban, porque siempre quedaban inconclusos. No podía ser de otro modo, toda vez que lo que estaba en juego en las conversaciones que Jairo establecía con familiares, amigos y estudiantes, pero también con conductores, vigilantes y jardineros, era el imperativo de comprender un poco por qué estamos aquí, qué estamos haciendo, cómo vivir una vida digna, si lo lograremos o no, si el mal es irreductible, qué queda esperar en medio de una humanidad que, como decía su querido Adorno, avanza irremediabilmente hacia la barbarie... Estos diálogos inolvidables muchas veces tenían también el efecto terapéutico de permitir el desahogo tan esencial para quien, como Jairo, se duele de los horrores del mundo y de su patria: el de quejarse, el de desahogarse. Eso eran estos diálogos; un cúmulo de palabras que se entretrejan a intervalos discontinuos. Una larga historia escrita en sucesivos encuentros. Ninguna de las frases tenía la pretensión de agotar todo el campo porque Jairo, a pesar de su sabiduría, sabiduría de la que nunca se ufano, que nunca le imprimió un gesto de prepotencia o inmodestia,

estaba íntimamente persuadido de que pensar filosóficamente consiste más en hacerse preguntas que en hallar respuestas. Esta convicción le hacía cada vez más maestro, más humano y más ávido de conocimiento. No había pues falsa modestia cuando llamaba “rebuznitos” a sus conferencias o “papeles” a sus escritos. Era el honesto reconocimiento de que el pensamiento filosófico es inconmensurable, inagotable y de que participar en el diálogo con la historia, con la tradición, ubicándonos en nuestra propia historicidad, en nuestro horizonte de comprensión, es una tarea que rebasa la propia existencia o en la que consiste, como bien lo decía su querido Kafka, el trasegar por ella: en crearnos un sentido para vivir y para morir. En esa tarea, para la que una sola vida es demasiado corta, Jairo fue siempre un compañero entusiasta, alegre, comprometido, agudo y sagaz, que prefirió personificar la humildad, la escucha atenta y la vocación de extravío antes que la certeza.

Entrar en diálogo era siempre esforzarse por rebasar todos los obstáculos, los propios, los inherentes a la temática, los del contexto. La sola tarea de ir pinchando una por una esas pompas de jabón para arar un jardín epicúreo, pudo constituir la esencia y el sentido de muchas de esas conversaciones: preparar el terreno, aclarar las premisas, suponer una hipótesis para luego descartarla, todo lo anterior en relación con los temas que le inquietaban a diario, la educación, la guerra, la utopía, el amor, la amistad, el carácter dialéctico de los valores, el papel de la filosofía en una eventual transformación de la realidad. La oposición a todo dogmatismo, anquilosamiento y abuso de poder, caracterizaron siempre su ejercicio filosófico y su propia existencia en la que sin tregua hacían presencia su preocupación y compromiso con el drama y el padecimiento de una buena parte de los habitantes de nuestro país que siguen eligiendo, no obstante, a sus verdugos. Preocupaba mucho a Jairo esta sumisión sin reticencia, el analfabetismo político que nos subyuga y que es el resultado de una muy bien diseñada campaña de desinformación a la que se suman testimonios arbitrarios y cinismo de la clase política que logra obturar, domesticar y polarizar a quienes tendríamos que construir posibilidades de cambio. Se construye así el terreno propicio para un abuso sin contrapartida frente al que Jairo encontraba en los filósofos de Frankfurt, la palabra liberadora.

En uno de sus últimos trabajos: *Marcuse, Muerte, memoria y dominio*, Jairo plasma estas preocupaciones preguntándose por aquello en lo que se ha convertido la muerte en Colombia y por el modo en que, de modo más o menos inconsciente, somos precursores. No ya como un hecho biológico que fija para siempre el fin de nuestros días, sino como “un acontecimiento marcado profundamente por la política social prevaleciente: aunque todos tenemos que morir, la muerte no es imparcial. No se trata solamente de cómo muere el rico o el pobre, y esto es importante sino de cómo se vive la muerte dependiendo de

la sociedad en que se vive” (Escobar, 2018, p. 13). Y los colombianos, la mayoría de nosotros, a pesar de los esfuerzos por lograr la paz, vivimos en medio de una guerra orquestada por quienes no la libran, en medio de una guerra que a diario arranca a cada nueva víctima el derecho a relacionarse con el acontecimiento más íntimo de su existencia, el propio final: “Desde su nacimiento hasta su muerte, la vida de un colombiano está acompañada por la muerte, por una muerte social y políticamente producida, una muerte innecesaria, irracional, injustificada, que, bien visto, es un crimen social y políticamente cometido. Los que lo cometen y justifican, en la mayoría de los casos, siguen siendo personas distinguidas de nuestra sociedad [...]. Morir en Colombia es, en la mayoría de los casos, una forma de morir que es concedida por otros y que pocas veces se ha elegido libremente. En Colombia se puede “recibir” la muerte sin ser solicitada. Lo sabe el guerrillero, el soldado, la niña violada y asesinada, lo sabe el obrero de la mina, el guardaespaldas, el cliente del sistema de salud, el usuario del sistema de transporte público, el torturado, el defensor de los derechos humanos, etc.” (Escobar, 2018, p. 14). Así, Jairo Escobar tendía puentes entre la rigurosidad del concepto y la necesidad de pensar lo que nos ocurre, tanto desde el punto de vista individual como social y colectivo, por eso se ocupa de nuestra relación con la muerte, instancia de la más indecible soledad, pero también del modo en que dicha relación ha sido cooptada vilmente por un sistema que administra hasta el último resquicio de nuestra existencia.

La reflexión sobre la barbarie está en los autores de la teoría crítica, íntimamente relacionada con la reflexión sobre el arte. En el ensayo *Memoria, catástrofe y utopía. Sobre Adorno y la literatura*, Jairo Escobar (2004) da cuenta de dicha relación poniéndola en constelación con el concepto de utopía al que suscribía en el críptico y reivindicativo sentido que Adorno le diera, y que con frecuencia Jairo explicaba con gran paciencia como una constelación de la que participan la posibilidad del pensamiento, su punto de fuga y la necesaria autocrítica. El arte es mediación de la utopía, porque tiende un puente hacia ella, una posibilidad de ella en un mundo en el que el espíritu ha sido devorado por el imperio de la utilidad, la productividad y la explotación de la vida. Al respecto, dice Jairo en su artículo:

“No deja de ser chocante, por perturbador, por el gesto bárbaro que expresa, el hecho de encontrar personas que confiesan abiertamente, como una medalla ganada luego de haber participado en una masacre, su indiferencia por la literatura; y es más turbador aún en personas profundamente dedicadas a los profundos problemas de la filosofía y el espíritu. Ese gesto de barbarie es aún más inquietante en aquellos que supuestamente apasionados por la literatura, escriben oscuridades filosóficas, productos de torpezas lingüísticas, conceptuales y quizás problemas digestivos, para decirlo con Nietzsche, que permiten fingir profundidades que no son tales.” (Escobar, 2018, p. 18).

Estas palabras de Jairo Escobar reivindican el potencial crítico y cognoscitivo de la literatura, su capacidad para ir más allá del mero concepto y hacerle resistencia a la barbarie mediante una praxis que acontece en el plano del lenguaje, haciendo los fenómenos sociales comunicables y susceptibles de ser pensados. Esta crítica tiene que ver con una puesta de manifiesto de las similitudes existentes entre la lógica del intercambio y la lógica de la comunicación. A esto está referida la frase de Adorno sobre la imposibilidad de escribir poemas después de Auschwitz, frase que en dialéctica negativa aparece relativizada en consideración de que “[l]a perpetuación del sufrimiento tiene tanto derecho a expresarse como el torturado a gritar» (Adorno, 2018, p. 362). El reconocimiento, por parte de Jairo, del íntimo vínculo entre pensamiento y crítica de la cultura y de sí mismo, le consagraba a la tarea irrenunciable de vigilar en el pensamiento, que es, a su vez, un agente de la dominación, los excesos del poder.

Queda todo en el tintero y pocos minutos en el reloj en este seis de septiembre de 2019, justo a dos meses del aniversario de la partida de Jairo, que ocurrió tres días antes de su cumpleaños. Se trató de una noticia intempestiva, inesperada y profundamente desgarradora, características en virtud de las cuales no pudo más que producir en sus amigos, colegas, familiares y alumnos, sensaciones de tristeza, desalajo, abandono y hasta enojo.

Las virtudes que vengo de mencionar y otras más que no caben contar, hacen que queden en la familia de Jairo, en sus amigos, en sus amores, en sus estudiantes, en sus gatitos, vivas las palabras que nos compartió, que seguimos repitiendo, que seguimos recordando, que nos llenan de orgullo, que nos hacen reír, que nos enternecen. Todo esto en virtud de su inmensa generosidad. Porque su casa, sus libros, sus descubrimientos, sus vinos, su música, su risa, sus preocupaciones, sus oportunidades, todo lo que constituía la prolijidad de su jardín, florecía ante sus ojos únicamente cuando lo compartía. Sus críticas, tan sensatas e indispensables como afectuosas y bien intencionadas, han permitido a sus estudiantes avanzar por los caminos de la docencia, la escritura, el amor a las letras y también las etéreas tareas existenciales.

El oxímoron habitó a este espíritu delicado: nobleza y dulzura se acompañaban de fortaleza y fe inquebrantable en el porvenir, así este estuviese amenazado por multiplicidad de malos augurios. Un hombre que, como dice una canción que le gustaba mucho: “no deja el camino por coger la vereda”. Ahora que se ha marchado, queda el consuelo de poder continuar, a través de la lectura de sus textos, este diálogo interminable. Así le sentiremos próximo y nos doleremos menos de su partida.

A un gran maestro, a un gran amigo, a Jairo Escobar.

6 de septiembre 2019, Universidad de los Andes, Bogotá.

## Referencias

Adorno, T. W. (2018). *Dialéctica negativa*. Taurus.

Escobar Moncada, J. I. (2018). Marcuse. Muerte, memoria y dominio. *Praxis filosófica*, 47, 11-23. <http://dx.doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i47.663>

Escobar Moncada, J. (2012). Memoria, catástrofe y utopía. Sobre Adorno y la literatura. *Estudios De Filosofía*, (29), 25-34. <http://www.scielo.org.co/pdf/pafi/n47/2389-9387-pafi-47-00011.pdf>

Biblioteca Pública Piloto (2016, 3 de febrero). *Aula Abierta Alejandro Alberto Restrepo Restrepo 3 de febrero de 2016* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=SJEAEKaHMw>